

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura



Rudolf Rocker: El ideario de Proudhon.—Octavio Paz: Una^s cuartillas admirables.—Gérard de Lacaze-Duthiers: Preludio.—Silverio Lanza: Crítica miope.—Julien Benda, Nicolás Berdiaeff, Emmanuel Berl, Ernst-Robert Curtius, Rudolf Eucken, Theodor Haecker, Henri de Man, Eduard Spranger, Ludwig Stein: Más ideas sobre la cultura.—Fabian Moro: ...Y Marte vendimió.—Emilio Muse: Escepticismo y porvenir social.—Dra. A. Poch y Gascón: La sífilis, enemiga de la belleza.

NOTAS

Costa Iscar: Respuesta anárquica individualista a una encuesta.—Campio Carpio: En el centenario del nacimiento de Guerra Junqueiro.—Denis: Ricardo Mella.—Angel Samblancat: Segovia pañera.—F. del Pino: No es por ahí.

8

Agosto, 1951

REVISTA MENSUAL



UNAS CUARTILLAS ADMIRABLES⁽¹⁾



A fecha que hoy reúne a los amigos de los pueblos españoles preside, como un como un astro fijo, la vida de mi generación. Luz y sangre. Así, permítidme que recuerde lo que fué para mí, y para muchos hombres de mi edad, el 19 de julio de 1936. Nada más distinto a tener veinte años en 1951 que haberlos tenido en 1936. Yo era estudiante y vivía en México. En aquella época todo nos parecía claro y neto. No era difícil escoger. Bastaba con abrir los ojos: de un lado, el viejo mundo de la violencia y la mentira con sus símbolos: el Casco, la Cruz, el Paraguas; del otro, un rostro de hombre, alucinante a fuerza de esculpida verdad, un pecho desnudo y sin insignias. Un rostro, miles de rostros y pechos y puños. El 19 de julio de 1936 el pueblo español apareció en la Historia como una milagrosa explosión de salud. La imagen no podía ser más pura: el pueblo en armas y todavía sin uniforme. Algo tan increíble e inaudito y, al mismo tiempo, tan evidente como la súbita irrupción de la primavera en un desierto. Como la marcha triunfal del incendio. El pueblo en carne y hueso. Vulnerable y mortal, pero seguro de sí y, de la vida. La muerte había sido vencida. Se podía morir, porque morir era dar vida. Cuerpo mortal: cuerpo inmortal. Durante unos meses vertiginosos las palabras, grangrenadas desde hacía siglos, volvieron a brillar, intactas, duras, sin dobleces. Los viejos vocablos—bien, y mal, justo e injusto, traición y lealtad—habían arrojado al fin sus disfraces históricos. Sabíamos cual era el significado de cada uno. Tanta era nuestra certidumbre que casi podíamos palpar el contenido hoy inaccesible, de palabras como libertad y pueblo, esperanza y revolución. El 19 de julio de 1936 los obreros y campesinos españoles devolvieron al mundo el sabor solar de la palabra fraternidad. Desde México veíamos arder la inmensa hoguera. Y las llamas nos parecían un signo: el hombre tomaba posesión de su herencia. El hombre empezaba a reconquistar al hombre.

El rasgo original del 19 de julio reside en la espontaneidad fulminante con que se produjo la respuesta popular. La sublevación militar había dislocado toda la estructura del Estado español. Despojado de sus medios naturales de defensa—el ejército y la policía—el gobierno se convirtió en un simple fantasma: el del orden jurídico frente a la rebelión de una realidad que la República se había obstinado en ignorar. El gobierno no tenía nada que oponer a sus enemigos. Y en este momento aparece un personaje que nadie había invitado: el pueblo. La violencia de su irrupción y la rapidez con que se apoderó de la escena no sólo sorprendió a sus adversarios sino también a sus dirigentes. Los

partidos y eso que la jerga política llama el «aparato» fueron desbordados por la marea. En lugar de que otros, en su nombre y con su sangre, hicieran la Historia, el pueblo español se puso a hacerla, directamente con sus manos y su instinto creador. Desapareció el coro: todos habían conquistado el rango de héroes. En unas cuantas horas volaron en añicos muchos esquemas intelectuales. Y mostraron su verdadera faz todas esas teorías, más o menos maquiavélicas y jesuíticas, acerca «de la técnica del golpe de Estado» y la «ciencia de la revolución». De nuevo la Historia reveló que posea más imaginación y recursos que las filosofías que pretenden encerrarla en sus prisiones dialécticas. Lo que ocurrió en España el 19 de julio de 1936 fué algo que después no se ha visto en Europa: el pueblo, sin jefes, representantes o intermediarios, asumió la dirección de los acontecimientos. No es éste el momento de relatar cómo la perdió, en doble batalla.

La espontaneidad de la acción revolucionaria, la naturalidad con que el pueblo asumió su papel director durante esas jornadas y la eficacia de su lucha, muestran las lagunas de esas ideologías que pretenden dirigir y conducir una revolución. Pero la insuficiencia no es el único peligro de esas construcciones. Ellas engendran escuelas. Los doctores y los intérpretes forman inmediatamente una clerecía y una aristocracia, que asumen la dirección de la Historia. Ahora bien, toda dirección tiende fatalmente a corromperse. Los «estados mayores» de la Revolución se transforman con facilidad en orgullosas cerradas burocracias. Los actuales regímenes policíacos hunden sus raíces en la prehistoria de partidos que ayer fueran revolucionarios. Basta una simple vuelta de la Historia para que el antiguo conspirador se convierta en policía, como lo enseña la experiencia soviética. La nueva casta de los Jefes es tan funesta como la de los Principes. Ellos prefieren la nueva sociedad totalitaria, que espera en un recodo del tiempo el derrumbe final del mundo burgués. Contra esos peligros sólo hay un remedio: la intervención directa y diaria del pueblo. Informe y fragmentaria, la heroica experiencia del 19 de julio nos enseña que esto no es imposible. El pueblo puede luchar y vencer a sus enemigos sin necesidad de someterse a esas castas que, como una excrecencia, engendra todo organismo colectivo. El pueblo puede salvarse, eliminando en primer término a los salvadores de profesión.

No es ésta la única lección del combate de los pueblos españoles. Quisiera destacar otro rasgo, precioso y original entre todos: la defensa de las culturas y nacionalidades hispánicas. La lucha por la autonomía de Cataluña y Vasconia posee en nuestro tiempo un valor ejemplar y polémico. Contra lo que predicán las modernas supersticiones políticas, la verdadera cultura se alimenta de la fatal y necesaria diversidad de pueblos y regiones. Suprimir esas diferencias es cegar la fuente misma de la cultura. Nada más estéril que ese «orden» que postulan: se trata de una visión parcial del hombre, de una camisa de fuerza que ahogará o de-

(1) El 19 de julio, en un acto conmemorativo del día en que esa fecha entró para siempre en la Historia, celebrado en París, un escritor mexicano: Octavio Paz, leyó estas cuartillas admirables que honran hoy las columnas de CENIT.

gradará la libre espontaneidad de las naciones. Frente a la abstracta «unidad» de los Imperios, los españoles rescataron la noción de la anticonción. Esa es la única solución fecunda al problema de las nacionalidades hispánicas, dentro del cuadro de una nueva sociedad. No fué otro el sueño de Bolívar en América. No fué otro el sueño griego. Las grandes épocas son épocas de diálogo. Grecia fué coloquio. El Renacimiento coincide con el esplendor de las repúblicas. Cuando desaparecen las autonomías regionales y nacionales, la cultura se degrada. El arte imperial es siempre arte oficial. Ilustrado o bárbaro, burocrático o financiero, todo imperio tiende a erigir como modelo universal una sola y exclusiva imagen del hombre. El Jefe o la casta dominante aspiran a repetirse en esa imagen. Una sola lengua, un solo señor, una sola verdad, una sola ley. La unidad es el primer paso en el camino de la repetición mecánica. Una misma muerte para todos. Pero la vida es diversidad.

Ante las propagandas que luchan por la «supremacía cultural» de éstos o de aquéllos, nosotros proclamamos que cultura quiere decir espontaneidad creadora, diversidad nacional, libre invención. Afirmamos el genio individual de cada pueblo y el valor irremplazable de cada creador. No creemos en una lengua mundial, sino en la universalidad de las lenguas vivas. No se puede cantar en esperanto. La poesía moderna nace al mismo tiempo que los idiomas modernos. No nos oponemos a que la ciencia, la técnica y las otras formas de la cultura inventen su lenguaje. En realidad así ha ocurrido. Hace muchos siglos que las matemáticas constituyen un lenguaje que entienden todos los especialistas. Y otro tanto sucede con la mayoría de las ciencias. Pero no son los sabios los que quieren borrar las lenguas nacionales, ni son ellos los que desean acabar con las culturas locales. Son los comerciantes y los políticos. Y los servidores de las nuevas abstracciones: los profesionales de la propaganda, los expertos en la llamada educación de las masas. Sólo que no hay masas, hay pueblos.

Afirmar que las diferencias nacionales o regionales deben desaparecer, en provecho de una idea universal del hombre o de las necesidades de la técnica moderna, es uno de los lugares comunes de nuestro tiempo. Muchos de los partidarios de esta idea ignoran que postulan una abstracción. Al imponer a los pueblos y naciones un esquema unilateral del hombre, mutilan al hombre mismo. Porque no hay una sola idea del hombre. Uno de los rasgos específicos de la humanidad consiste, precisamente, en la diversidad de imágenes del hombre que cada pueblo nos entrega. Sólo las sociedades animales son idénticas entre sí. Y en esa pluralidad de concepciones el hombre se reconoce. Gracias a ella es posible afirmar la unidad que hasta ahora ha sido capaz de diferenciarse. El hombre es «los hombres».

La abstracción que los poderes modernos nos proponen no es sino una nueva máscara de una vieja soberbia. El primer gesto del hombre ante su semejante es reducirlo, suprimir las diferencias, abolir esa radical «otredad». Pero el otro resiste. No se resigna a ser espejo. Reconocer, la existencia irreductible del otro, es el principio de la cultura, del diálogo y del amor. Reducirlo a nuestra subjetividad, es iniciar la árida, infinita dialéctica del esclavo y del señor. Porque el esclavo jamás se resigna a ser objeto. La realidad humillada acaba por hacer saltar esas prisiones. Aún en la esfera del pensamiento puro se manifiesta esa tenaz resistencia de la realidad. Machado nos enseñaba que el principio de identidad, sobre el cual se ha edificado nuestra cultura, se rompe los dientes frente a la «otredad» del ser. Acaso en esto radique la insuficiencia de nuestra cultura. Todo imperialismo filosófico o político, se funda en esta fatal y empobrecedora soberbia. No en vano Nietzsche llamó a Parménides: «araña que chupa la sangre del devenir». Y algo semejante ocurre en el mundo de la historia: los Imperios chupan la sangre de los pueblos. La unidad que imponen oculta un horror vacío. No nos dejemos engañar por la grandeza de sus monumentos. La vida ha huído de esas inmensas piedras. Hechos a su imagen, esos monumentos son tumbas.

Resulta escandaloso recordar esas verdades. Vivimos en la época de la «planificación» y de la «guerra total». En ciertas bocas y en ciertos sitios estas frases encubren apenas otros designios. En nombre de la abstracción se pretende reducir al hombre a la pasividad del objeto. Unos utilizan el mito de la Historia, otros el del Progreso. Pero nosotros nos rehusamos a ser mercancías tanto como a convertirnos en instrumentos o herramientas. Sabemos a dónde conducen estos programas: al campo de concentración. Toda concepción mecanicista y utilitaria —así se ampare en la llamada «edificación socialista»— tiende a degradar al hombre. Frente a estos poderes nosotros afirmamos la espontaneidad creadora y revolucionaria de los pueblos y el valor de cada cultura nacional. Y volvemos los ojos hacia el 19 de julio. Allí empezó algo que no morirá. No importa que las circunstancias actuales parezcan más adversas que nunca. Hace dos meses los pueblos españoles mostraron que once años de dictadura clerical y militar no bastan para aniquilar una nación. Las huelgas espontáneas son un signo y un aviso. Los estrategas tienen mala memoria. Cada vez que preparan una función olvidan invitar al personaje que ocupó la la escena el 19 de julio. Pero ese personaje no falta nunca. Se presenta sin anunciarse y trastorna la representación. La comedia puede volverse tragedia. No hay director de escena que pueda con el pueblo.

Octavio PAZ